

**Circular del Provincial, P. Armando Raffo,
a la Provincia Jesuita de Uruguay**

Montevideo, 26 de agosto de 2002

“..considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas...”
(EE.236)

Queridos Hermanos:

Ante todo, reciban mi cordial saludo y el deseo de que se encuentren muy bien. El pasado mes de julio, el Padre General me escribió para comunicarme su decisión respecto al futuro cercano de nuestra Provincia. En lo fundamental nos decía: no habiendo razones convincentes para un cambio en las actuales circunstancias mi decisión es que continúen como Provincia, poniendo el máximo empeño en la promoción de las vocaciones y en la racionalización de recursos y obras conforme al plan apostólico. Al mismo tiempo, nos exhortaba a utilizar los medios de que dispone la Compañía (hermanamientos y convenios de ayuda mutua con otras provincias) para fortalecernos y salir adelante, seguro de que nosotros continuaríamos poniendo toda la esperanza en el Señor de la mies y colaborando en la misión de Cristo con el entusiasmo y la generosidad acostumbrados.

Siguiendo dicha línea, me dirijo a ustedes con el propósito de ofrecer una reflexión que nos ayude a poner en El sólo nuestra esperanza y a vivir en la “fidelidad creativa” inherente a la Vida Religiosa en nuestros tiempos según la expresión del Papa Juan Pablo II (Cfr. Vita Consecrata, n.37).

En la alocución inaugural del encuentro de Provinciales que tuvo lugar en Loyola en septiembre del 2000 el P. General nos desafiaba a vivir en la fidelidad creativa a través de una pregunta: ¿buscamos la novedad con los hombres que el Señor nos ha confiado, o bien somos buenos administradores, pero sin moción espiritual, sin ninguna agitación de diversos espíritus (EE. 6), poco sensibles a lo que está naciendo en la Iglesia y en el mundo y exige una iniciativa, una acción de nuestra parte? (Acta Romana, vol. XXII, año 2000, p. 742).

¿Estamos buscando la novedad o nos refugiamos en lo viejo y conocido? Muchas veces ocurre que las novedades que traen los tiempos, esas cosas que están naciendo, nos descolocan, inquietan e incluso llegan a paralizarnos por dentro aunque nuestro exterior aparezca ágil, decidido y emprendedor. Vivimos en el seno de la transición de una época a otra. No sólo nos ha tocado vivir en una época de cambios, sino que estamos en un cambio de época; cambio que supone una mutación profunda en los mismos cimientos de la cultura que nos expresa y constituye.

Los cambios son removedores, generan miedos, incomodidades y exigen opciones. Aunque nos llenamos la boca pregonando nuestra aptitud para acoger lo nuevo e incluso para propiciarlo, a la hora de la verdad nos encontramos más cómodos con aquello que nos es familiar y conocido. La búsqueda de lo nuevo exige una conversión que supone dejar muchos lastres y abrir el espíritu a otros horizontes.

El más interesado en aplastar toda nuestra creatividad es el mal espíritu que nos mueve con muchas razones a seguir viviendo y actuando como siempre lo hemos hecho. Más aún, si nos encontramos cómodos en la situación actual -ya sea porque tenemos “éxitos” que mostrar, la aprobación de gente bien pensante o, simplemente, porque las cosas van funcionando-, cualquier iniciativa que busque sintonizar con la novedad verá como se alzan impedimentos de todo tipo y falsas razones para no pasar adelante como decía nuestro querido P. Ignacio (Cfr. Ejercicios Espirituales, n. 315).

Todos sabemos que si al mal espíritu no se le “pone mucho rostro” su malicia y su fuerza crecen en forma tan desmedida y despiadada que logra encender la desesperanza, fomenta la tibieza y nos zambulle en la tristeza. En esa situación, aunque no deberíamos seguir sus consejos, éstos se cuelan hacia el interior de nuestras almas y van proporcionando los elementos que terminan configurando nuestra forma de mirar, sentir y pensar.

Honestamente creo que algo de eso nos ocurre cuando, sin darnos cuenta, vamos asumiendo discursos que se empeñan en mostrar la crisis que vive la Iglesia y la Vida Religiosa como síntomas de decadencia y no como una oportunidad para purificar, renovar y cambiar. No es extraño escuchar en alguna de nuestras conversaciones que la disminución numérica de la Compañía se debe a infidelidades evidentes o a la secularización que no ha encontrado resistencias entre nosotros. En ese contexto algunos nos preguntamos: ¿Será cierto que la Compañía va, lentamente, encaminada hacia la insignificancia dentro de la Iglesia y el mundo? ¿Será cierto que la interpretación más adecuada de la disminución numérica y el supuesto incremento de las “salidas” es la decadencia o la crisis en sentido negativo? ¿Qué nos hace pensar así y no de otra manera? ¿Cuál es la perspectiva más adecuada para entender lo que pasa o para leer lo que el Señor espera de nosotros?

¿Por qué no pensar que el Señor está preparando el terreno que genere una presencia y una misión de los religiosos distinta en el seno de la Iglesia cuya vida se perfila claramente caracterizada por el protagonismo de los laicos? ¿Cómo hemos de mirar los acontecimientos y los signos que nos rodean y desafían? ¿qué hacer para que nuestras miradas y discursos puedan encender la fidelidad creativa que la novedad del tiempo reclama

1. Los hechos y su interpretación.

La mirada que adoptemos no es neutra ni inocua, genera procesos en nosotros y en los compañeros que nos empujan a ir haciendo historia según las interpretaciones que vamos asumiendo.

En las reglas de Segunda Semana, San Ignacio nos advierte que propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con la ánima devota y salir consigo, es a saber, traer pensamientos buenos y santos conforme a la tal ánima justa, y después poco a poco procura de salirse, trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones. (EE. 332) Lo más importante de la enseñanza de Ignacio es que nos ayuda a ver que no todo lo que aparece como pensamiento bueno y santo es de Dios o del buen ángel; ¡hay que ver a dónde conduce ese discurso! Si el discurso termina enflaqueciendo, inquietando o turbando el ánima devota, claro es que se trata de una treta del mal espíritu. (Cfr. EE.333).

La bondad o maldad de los pensamientos que uno pueda tener radica en su acercamiento o alejamiento respecto de la voluntad de Dios para cada uno de nosotros. San Ignacio sugiere que los estados espirituales –consolación, desolación- son como los indicadores en positivo y en negativo que nos permiten encontrar esa voluntad para nuestras vidas. El asunto es ir descubriendo la voluntad de Dios que se esboza en los signos de los tiempos y se calibra en el alma de cada creyente.

Dios se sugiere en la historia a través de los signos de los tiempos a la interioridad creyente que se sabe habitada por el Espíritu de Dios. La voluntad de Dios se va manifestando en el seno de la interrelación que existe entre las personas y la historia. La historia es una historia leída e interpretada creativamente por el creyente. Se trata de un ir y venir entre los acontecimientos y la libertad humana de forma que los sucesos se convierten en signos y nuestras miradas revelan compromisos.

Aunque nos gustaría poder decir que somos objetivos, que los hechos cantan porque están ahí, hoy sabemos que eso no es verdad. En algún sentido se puede afirmar que “hacemos realidades” o, al menos, que las formateamos. ¡Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur!

La pregunta que podríamos hacernos es ¿qué estamos haciendo con nuestras miradas y nuestras palabras?, ¿miramos las cosas y los hechos como los mira Dios?, ¿no tendremos que revisar nuestros puntos de vista para mirar la vida y los acontecimientos como los mira Cristo?

2. La mirada de los discípulos.

En el pasaje del camino de Emaús nos encontramos con un cambio radical en la mirada de los discípulos cuando el Señor parte el pan luego de andar todo del día con ellos. Los mismos hechos que les habían llevado a salir de Jerusalén son ahora los que les llevan de nuevo a ella. ¿Qué es lo que había cambiado? Evidentemente, la perspectiva histórica haría todo lo posible por mostrar que ese caminante traía noticias de nuevos sucesos, desconocidos por los discípulos, como para obligarlos a un cambio tan brusco, pero no fue así, en la materialidad de la historia nada había cambiado.

Los hechos seguían siendo los mismos: el Señor había sido crucificado y ese acontecimiento llevaba tres días sin producir algo de lo que ellos esperaban: Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar Israel. (24,21) Pero la resurrección ya había ocurrido cuando los discípulos salieron de Jerusalén según el relato de ellos mismos al caminante que se les acercó: El caso es que algunas mujeres nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. (Lc. 24,22-23)

No había “datos nuevos” y, sin embargo, todo había cambiado, porque levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón! (Lc.24,33-34) La novedad ocurrió en el corazón de los discípulos que se dejaron instruir por ese otro que les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras. (24,27) La jornada con Jesús les fue preparando el corazón para que al atardecer se les abrieran los ojos y le pudieran reconocer.

¿Qué podemos y debemos hacer para ver al Señor que camina a nuestro lado y nos invita a mirar la vida y la historia de otra manera? ¿Cómo fortalecer nuestra fe en que Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra (EE.236)? ¿Cómo hacer para que nuestra mirada sea capaz de descubrir al Señor en todas las cosas y a todas en él? ¿Cómo hacer para que nuestra mirada revele esperanza y sea capaz de descubrir al Señor que trabaja en la historia a través de los corazones de quienes le aman? (cfr. Rom. 8,28)

Jesús nos dijo que nuestras tristezas se convertirían en gozo y alegría al experimentar la mirada del Resucitado; alegría que nada ni nadie puede quitar (Jn. 16,20 y 22). Todos nosotros somos hijos de la Resurrección en cuanto que nuestra fe tiene su asiento en la Pascua del Señor y, por ello mismo, nuestra mirada debería estar habitada por esa alegría que sitúa todas las cosas en la perspectiva de la victoria de Cristo. En definitiva, ¿qué hacer para que nuestra mirada refleje la fe que mueve montañas?

La confianza puesta en el Señor que hace nuevas todas las cosas (Ap. 21,5) puede dotarnos de una mirada que, sin escamotear los problemas, las infidelidades y todas nuestras miserias, descubra al Espíritu del Señor guiando a su Iglesia y escribiendo derecho sobre líneas torcidas.

3. En busca de otra mirada y otras palabras.

Desde otra perspectiva podemos preguntarnos: ¿cómo hacer para que nuestra mirada refleje la profundidad de la historia y no nuestras pequeñeces o las supuestas “evidencias culturales” que no admiten cuestionamientos? ¿Cómo ser libres y críticos frente a nuestra cultura y a nuestra propia perspectiva que, por definición, es limitada y parcial?, ¿cómo no ser un simple repetidor de los discursos en boga ni un orgulloso poseedor de la formulación de la verdad que en algún momento de la historia se habría alcanzado para siempre? ¿cómo hacer para no estar presos de los discursos que tendemos a repetir y ver verificados?, ¿qué flanco debemos abrir para que otras ideas y perspectivas renueven nuestras lógicas y cuestionen nuestros viejos diccionarios?

Un camino que, sin ser dañino o mal orientado, correría el riesgo de quedarse corto sería el de enfocar la mirada sobre algunos aspectos de la realidad: “¡fijémonos en las cosas positivas! ¡eso nos animará! y, si somos constantes, veremos cómo nuestra mirada se renueva. ¿Qué ocurriría si en lugar de centrarnos en nuestros defectos e infidelidades lográramos fijar la mirada en la entrega de todos y cada uno de los compañeros de nuestra Provincia? ¿Qué ocurriría si nos acostumbráramos a mirar las incontables fidelidades que surgen de la fe de nuestros compañeros o, simplemente, pudiéramos admirarnos ante la respuesta generosa de los jóvenes que manifiestan sentirse llamados a vivir y morir en la Compañía? ¿Qué ocurriría si nos fijáramos en los múltiples servicios que la Compañía presta a la Iglesia? ¿Qué ocurriría si nos detuviéramos a recorrer la vida de nuestros santos? etc., etc.

¡Probablemente nos haría mucho bien, porque es lo mínimo que en justicia un cristiano debería hacer! Además, sabemos que Dios se puede valer de un esfuerzo recto y sincero para hacer maravillas en sus fieles. Sin embargo, esa iniciativa no sería suficiente o, al menos, la más efectiva porque el desafío es alcanzar una nueva mirada que descubra la profundidad y el dinamismo de todas las cosas y no la selección de los objetos a contemplar. Se trata de renovar la mirada para descubrir la novedad que Dios promueve

en la entraña misma de la historia. ¿Qué podemos hacer, entonces, para dar cabida a esa nueva forma de mirar que, sin duda, será un ingrediente fundamental a la hora de fortalecer la fidelidad creativa que los tiempos requieren?

Algunas ideas que pueden ayudar:

a. Pedir a Dios una mirada más contemplativa y confiada.

Es imprescindible que pidamos con especial insistencia la gracia para: en El solo poner la esperanza de que El haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas (Const. 812) Debemos buscar la unión con Dios o, como diría San Ignacio, poner por encima de todo los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano.. (ibíd. 813). San Ignacio nos dice que para alcanzar esa unión con Dios debemos entregarnos a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga dellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos. (ibíd.)

En efecto, tenemos que rezar más que nunca para adquirir una actitud más contemplativa sobre el mundo, la historia y las personas. Más que repetir oraciones sabidas de memoria, debemos buscar el silencio y el misterio; debemos dar cabida a la noche oscura para que el Señor nos sorprenda con su novedad. ¡Nada de refugiarnos en palabras, gestos y pensamientos que nos evaden de la historia tan desconcertante que nos toca vivir! Como nos dice el Concilio Vaticano II: “Los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo (Gaudium et Spes, n. 1) ¿Cuáles son los gozos y las esperanzas de nuestros hermanos? ¿cómo damos verdadera cabida a las problemáticas y perspectivas que atraviesan las almas de nuestros contemporáneos?

b. Compartir en nuestras comunidades y con los otros religiosos.

El encuentro comunitario es un lugar privilegiado para compartir perspectivas, inquietudes y razonamientos que de una u otra forma buscan ponerse a tiro de lo nuevo. Asimismo, deberíamos buscar en las instancias de formación permanente y en las lecturas individuales o grupales dar acogida a nuevas perspectivas para abrir horizontes y generar nuevas preguntas. Quizás nuestra misión en estos tiempos no sea la de andar cargados de respuestas sino la de compartir una búsqueda honesta y apasionada hacia nuevas expresiones de Vida Religiosa en el seno de una Iglesia que se renueva urgida por llevar la Buena Nueva a un mundo autosuficiente e insolidario.

Hoy más que nunca debemos compartir e intercambiar esfuerzos y experiencias con los demás religiosos del país y del continente latinoamericano. El “Camino de Emaús” iniciado hace más de un año es un instrumento comunitario y espiritual para descubrir al Señor resucitado que camina a nuestro lado y nos ayuda a mirar las cosas de otra manera.

c. Ser capaces de cuestionar y revisar.

El esfuerzo debe dirigirse hacia una revisión profunda, abierta y absolutamente honesta de los conceptos básicos que subyacen a nuestros discursos y que permean nuestras

miradas: ¿qué entiendo por eficacia?, ¿qué significa ser religioso?; ¿cómo entender en este contexto posmoderno y globalizado el servicio y alabanza de Dios y la ayuda de las ánimas? ¿cómo hablar del Reino de Dios a un mundo que se siente fragmentado e invadido por múltiples ofertas de sentido? ¿cómo ser signos proféticos del Reino de Dios en este contexto en el que se derrumban viejos paradigmas y alborean otros nuevos? etc., etc.

d. Apertura básica ante las novedades que trae la cultura que se está gestando.

Se trata de estar abiertos a la novedad de la historia para que, a la luz del Evangelio, podamos acompañarla y evangelizarla. Podríamos decir que frente a los nuevos problemas y situaciones, antes que juzgarlos con presteza e intolerancia, deberíamos acogerlos en sus justos términos para dejar que ellos nos dispongan de otra manera a descubrir el Espíritu de Dios haciendo su trabajo.

4. Conclusión.

La incertidumbre y los cambios de paradigma que caracterizan nuestra época deberían invitarnos a buscar y contemplar. Quizás no sea éste un tiempo de síntesis o conclusiones sino uno de búsqueda y espera. La novedad que adviene debe encontrarnos a punto y disponibles para ser portadores de una palabra que llegue y sea significativa. Esa apertura orientada a buscar al Señor que hace nuevas todas las cosas (Apc. 21,5) es la que puede dotarnos de otra mirada que refleje una esperanza definitiva y definidora.

¡Renovar nuestra mirada es una de las tareas más importantes que debemos emprender para ser colaboradores fieles y creativos de la misión de Cristo!

Con un saludo fraternal

Armando Raffo S.J.- Provincial